

ESPERANZAR

Carlos DÍAZ HERNÁNDEZ

Resumen

Se presenta un trabajo sobre la esperanza y qué es esperar, apuntando las características principales de la esperanza, la anticipación de la felicidad que conlleva y su colaboración con la creación, manteniendo en el orden del ser aquello que se espera, dando crédito a la realidad del universo y a la realidad personal. Por ello, la esperanza impulsa a la acción, da alas al sacrificio y cimienta la paciente espera.

Viktor Frankl nos habla, desde su experiencia personal, de sentido y esperanza, aún en las circunstancias más adversas. La esperanza es el mañana de la utopía.

Abstract

Generating hope

A work about hope and what generating hope consists in is presented, noting the main characteristics of hope, the anticipation of involved happiness and its collaboration with creation, maintaining in the order of being what is expected, giving credit to universe and personal realities. Thus, hope propels the action, gives wings to sacrifice and builds the patient wait.

From his personal experience, Viktor Frankl tells us about meaning and hope, even in the most adverse circumstances. Hope is the tomorrow morning of utopia.

Palabras clave: Esperanza. Acción. Sentido. Utopía.

Key words: Hope. Action. Meaning. Utopia.

1. Características de la esperanza

Los objetos de esperanza pueden ser muy diversos; sin embargo, para que algo sea objeto de esperanza ha de reunir las siguientes condiciones:

- a. Que se trate de un **bien** (un mal no lo esperamos, lo tememos).
- b. De un bien **futuro** (lo que ya tenemos no lo esperamos, lo disfrutamos).
- c. De un bien futuro y **necesario** (un capricho no lo esperamos, se nos antoja).
- d. De un bien futuro, necesario y **posible** (lo imposible no lo esperamos, nos desespera).
- e. De un bien futuro, necesario, posible y **difícil de conseguir** (lo que está al alcance de nuestra mano no lo esperamos, lo codiciamos; además lo fácil de conseguir no se echa de menos).
- f. De un bien futuro, necesario, posible, difícil de conseguir y que tenga como objeto **una vida más plena** (para esperar no basta con tener anhelos y deseos, pues de ser así quienes desearan tener más y mejores automóviles, casas y artefactos eléctricos serían individuos esperanzados).
- g. De un bien futuro, necesario, posible, difícil de conseguir, que tenga como objeto una vida más plena y que entrañe inconformismo, pues la esperanza por lo nuevo y la insatisfacción por lo viejo se dan a la vez (por tanto, sin contentarse con la situación actual, ni propia ni ajena).
- h. De un bien futuro, necesario, posible, difícil de conseguir, que tenga como objeto una vida más plena, que entrañe **inconformismo** y que sea esperado **pacientemente** (la impaciencia del «ahora mismo» destroza la esperanza, las personas esperanzadas son pacientes, dando tiempo al tiempo para que la esperanza se sustancie y el proyecto madure).
- i. De un bien futuro, necesario, posible, difícil de conseguir, que tenga como objeto una vida más plena, que entrañe inconformismo, que sea esperado pacientemente y que **de forma activa lleve el sueño a su despertar**.

j. De un bien futuro, necesario, posible, difícil de conseguir, que tenga como objeto una vida más plena, que entrañe inconformismo, que sea esperado pacientemente, que de forma activa lleve el sueño a su despertar y así **logre lo inesperado a partir de lo esperado mismo** (Colón esperaba encontrar una cosa y halló otra, pero halló porque esperó trabajando activamente).

k. De un bien futuro, necesario, posible, difícil de conseguir, que tenga como objeto una vida más plena, que entrañe inconformismo, que sea esperado pacientemente, que de forma activa lleve el sueño a su despertar logrando lo inesperado a partir de lo esperado mismo, y **que no se cierre a la Esperanza** (pues una esperanza que se toma a sí misma como meta se autodestruye al hacer imposible la Esperanza).

Prometed todo lo que podáis llevar a cabo en el orden del bien, puesto que la esperanza es más viva que el reconocimiento y que la memoria. Para la esperanza, el «aún no» contiene dos aspectos, uno negativo (la no plenitud) y otro positivo (el encaminamiento hacia la plenitud). Por lo demás, esperanza y temor son inseparables, no hay esperanza sin temor, ni temor sin esperanza; pretender vivir sin esperanza y sin miedo sólo será posible en otro mundo.

1.1. La esperanza anticipa la felicidad

La esperanza anticipa la felicidad; basta con poner un ejemplo de vida sin horizontes para comprender que la afirmación anterior es verdadera: Si la pérdida de esperanza abre las puertas de la desdicha y del sufrimiento, la ganancia de esperanza ya es de algún modo felicidad, o anticipo de ella: la esperanza de llegar, ánimos da para andar. No cabe duda de que las ilusiones nos ayudan a vivir, por lo cual debemos respetarlas en los demás como en nosotros mismos: la vida es un barco que surca el océano de la vida llevado por la esperanza, y esto nos hace ver que no es precisa la magia si estamos atentos a cuanto de positivo nos está ofreciendo la realidad. La esperanza se alimenta hoy de pequeños signos visibles, de los cuales resultará mañana lo todavía no visible. Tenemos esperanza en que nuestros maestros nos puedan ayudar, en que podemos sanar, en que la humanidad irá a mejor, en que nos sonreirá la fortuna, en que nuestra existencia no perderá para nosotros su sentido, y así sucesiva-

mente: tantas personas, tantas esperanzas; esperanzas distintas en cada ser humano, pero todos la misma esperanza. Lo mismo que la felicidad, o que el ser, la esperanza se dice de muchas maneras, pero siempre se dice: nos hace descubrir que la vida está llena de posibilidades si las buscamos, es decir, si no nos quedamos de brazos cruzados. Si hasta que se extingue la luz de la lámpara sigue brillando sin perder luz, ¿se apagará en ti antes la esperanza? Vergonzoso es que tu alma desfallezca cuando tu cuerpo no, decían los estoicos. La esperanza nos ayuda a superar las equivocaciones y errores de hoy, a tratar de corregirlas y superarlas mañana, venciendo los obstáculos con tesón. Ella, la esperanza no sólo pregunta «¿qué me pasará a mí mañana si no hago hoy lo que debo?», sino también «¿qué les pasará a ellos y a ellas si no hago lo que debo?».

Y si esto es así, entonces esperar conlleva ya de suyo una cierta hipertrofia de la felicidad, pues en la esperanza se encierra, centuplicada, la imagen de cuanto tú confías hallar, no faltando incluso daltónicos espirituales que no aciertan a distinguir el verde de la esperanza del rojo de la felicidad. Esperanza: mañana será mejor. Sol que arroja todas las sombras detrás de nosotros, la esperanza hace posible la felicidad; por mucho que nos engañe, nos mueve: donde no hay esperanza tampoco esfuerzo. Cuando las esperanzas son bellas, el adiós equivale a una fiesta. La esperanza es el sueño del hombre despierto, un árbol en flor que se balancea suavemente al soplo de las ilusiones, el ave canta -aunque la rama cruja- porque conoce sus propias alas. Primavera, esperanza; verano, luz; otoño, plenitud; invierno, vuelta de la esperanza. De las nubes más negras cae el agua limpia. Ánimo, aliento, ilusión, optimismo, confianza, todo eso es efecto de la indeclinable esperanza, una esperanza que está hecha para difundirse y compartirse: no sabremos todo lo que valemos hasta que no podamos ser junto a otros todo lo que somos. Es también la esperanza el mejor médico, a saber, el sueño de quienes están despiertos y velan. Las esperanzas se esfuman una tras otra, pero el corazón de la esperanza continúa esperando siempre; las olas acaban por romperse, pero el mar no se agota; las olas suben y bajan, y en ello consiste la vida del mar: esperar un día tras otro es la verdadera vida del corazón. Verdad es que cosechas lo que siembras y que si no siembras no cosechas, pero también es verdad que en un jardín crecen más cosas de las que siembra el jardinero; tú espera a que los rosales florezcan tres veces: con el paso del tiempo se perdonan las ofensas y se descubren nuevos paisajes, al fin y al cabo la espe-

ranza es esa virtud que nos enseña a descubrir que sigue existiendo el paisaje cuando atravesamos el túnel.

1.2. La esperanza da crédito a la realidad y a tu realidad

La esperanza brota de la misma identidad humana: ¿acaso no espera el lactante el pecho de su madre? ¿y el niño pequeño no espera mantenerse en pie y caminar? ¿es que no espera el enfermo ponerse bien, el prisionero quedar libre y el hambriento comer? El sujeto de la esperanza, por tanto, es el ser humano, todo el ser humano y todo ser humano. Por lo demás, siendo los humano seres insatisfechos por naturaleza, nada tiene de extraño que lo logrado -lejos de retenerle en la conquista cobrada- nos impulse a buscar nuevas metas, y con ello nuevas expectativas y esperanzas. Según Gabriel Marcel (1996) la esperanza abre al futuro, mantiene el espíritu despierto y ágil para leer los signos de los tiempos, es la «memoria del futuro», la instalación de la existencia en un tiempo abierto completamente distinto al tiempo cerrado de la desesperación, un tiempo que es salvador, «el arma de los desarmados», arma desarmada pero gratuita, paciente como ya hemos dicho (la paciencia da tiempo a lo real), incondicionada, incondicional e incondicionable. En la medida en que yo condicionara mi esperanza abriría las puertas a la angustia, pues la frustración traería consigo la decepción y la desesperación.

Este permanente y abierto esperar es ya por ello mismo un colaborar de algún modo con la creación manteniendo en el orden del ser aquello que se espera. En consecuencia, esperar es dar crédito al universo, dar crédito a la realidad, confiar en que ésta puede restaurar la integridad de un orden viviente, confiar en nosotros, confiar en ti. No es, pues, la esperanza un mero sentimiento psicológico, no pertenece únicamente al orden del sentir, sino al del ser. Por la esperanza afirmo mi relación de fidelidad y amor con la realidad, y por ende una afirmación a la creación entera; en definitiva, damos crédito a la realidad porque ella se nos muestra acreditada de sentido: el crédito que la esperanza concede a la realidad salta por encima de la realidad visible que en este momento me concede. En su raíz, esperar es saltar con los ojos abiertos desde el presente concreto hasta el último fondo de la realidad. Con los ojos abiertos, porque ese salto nunca puede ser seguro; y hasta el fondo mismo de la realidad,

porque a pesar de todas nuestras inseguridades y cautelas confiamos en su fundamentalidad y en su obsecuencia. Porque la esperanza se refiere al ser, sin el cual no hay tener, la esperanza es misterio (no problema): nada más contrario a todo esto que el mundo calculador del tener o del «contar con» propio de la técnica, atento a la seguridad terrenal salida exclusivamente de las manos cuantificadoras del ser humano.

Pero hay más. La esperanza no daría crédito a la realidad si no te diera crédito también a ti, una de las personas que hacen posible que la realidad sea la que es para mí. Al respecto distingue Gabriel Marcel (1996) las dimensiones de cautividad y de comunidad. La **cautividad** es el sentimiento de imposibilidad de acceder por los propios medios a la plenitud: por paradoja, cuanto menos sea sentida la vida como cautividad, tanto menos será capaz el alma de ver la luz de la esperanza. Junto a ella, la **comunidad**: quien espera no sólo dice yo espero, sino además «espero en ti y para nosotros», pues la esperanza atañe al yo que espera del tú y con el tú.

Sólo a causa de los que están sin esperanza nos es dada la esperanza, de ahí la importancia que también para nosotros mismos tiene el tratar de ver cómo podemos ser fuente de esperanza para otros. Esto es muy importante: «normalmente la esperanza nos la otorgan otros. El hombre siempre vive de crédito, del crédito que le conceden los demás. Podemos matar a una persona retirándole el crédito, no esperando ya nada de ella, no concibiendo para ella ningún futuro. Pensemos en todos esos matrimonios acostumbrados que están sentados uno enfrente de otro pero ni se miran ni se escuchan. ¡Se han visto ya tanto! Cuando uno empieza a hablar, el otro piensa por dentro: «¡vamos a ver qué tontería dirá ahora!». De esta guisa pasan a ser -cruel oficio- asesinos de posibilidades. Lo sepan o no, se están quitando el aliento al arrebatarse la esperanza uno a otro...

Por fortuna, y por muy abatida que se encuentre una persona, si descubre que no está sola, que hay alguien que la quiere, alguien que confía en ella y que seguirá haciéndolo pase lo que pase, despuntará la esperanza en su corazón. Dicho de otro modo, la esperanza, incluso privada de toda expectativa favorable, no está condenada a la desesperanza, desde el momento en que un hombre espera en otro. Sólo porque un adul-

to confía en él, desarrolla el niño sus potencialidades. También porque otro ser humano está a su lado podemos soportar las más terribles pruebas y los más duros recuerdos, las peores perspectivas. También porque sabe que su vida cuenta para la mirada amante de algunos seres al menos, el viejo acepta el tiempo. El otro necesita saber que no desesperamos de él, «espero en ti»: si, por alguna razón, un niño es incapaz de ver el futuro con optimismo, se produce una interrupción inmediata del desarrollo. Todo padre que se preocupe por el estado de ánimo de su hijo sabrá decirle que las cosas cambiarán y que algún día todo le irá mejor.

¿Sería mucho afirmar que dejamos de tener razón cuando ya no la esperamos en los demás? Hogar es la casa donde uno es esperado; para conocer a uno hay que conocer su hogar. Si somos esperanza, si la esperanza es el tejido del alma, entonces desconfiar (y más aún desesperar) de un ser ¿acaso no es negarlo en tanto que tal, es decir, tenerlo muerto para nosotros? La actividad creadora, la generosidad y la esperanza se implican: amar a un ser es esperar de él algo indefinible e imprevisible y darle a la vez de algún modo el medio de responder a esta espera. Quien espera, dona; quien no espera, esteriliza, niega a la realidad la posibilidad de una relación creadora: sólo se puede hablar de esperanza cuando existe esa interacción entre el que da y el que recibe, esa conmutación que es el sello de toda vida espiritual.

Insistamos: muchas personas que están sufriendo un grave problema se encuentran hundidas y viven desesperanzadas porque ven toda su existencia a la luz de ese problema y, por lo tanto, lo ven todo negro. Esas personas podrían recuperar la esperanza si hay alguien que se interesa no solamente por ese problema, sino por el conjunto de su vida. No se trata de quitar importancia al problema que padece. Si tiene importancia hay que dársela. Se trata más bien de invertir la perspectiva: no ver toda la vida a la luz de ese problema, sino de ver el problema a la luz del conjunto de su vida. Es necesario descubrir los diversos signos de resurrección que existen bajo las apariencias de muerte. Todo puede ir a peor en nuestra vida personal y en la sociedad; se pueden desmoronar nuestras expectativas y venirse abajo nuestras seguridades, llegará quizá la oscuridad, el dolor, la vejez: lo importante en tales casos es que el «hombre interior» no se desmorone, y para ello necesita de una mano amiga.

2. La esperanza impulsa a la acción

«Yo te espero, sustancia de la vida;
no he de pasar cual sombra desvaída
en el rondón de la macabra danza,
pues para algo nací; con mi flaqueza
cimientos echaré a tu fortaleza
y viviré esperándote, ¡esperanza!»
(Unamuno)

Doy crédito al mundo desde el crédito que tú me mereces, y se lo doy de forma activa; puesto que en sí mismo posee una estructura elpídica (esperanzadora), el curso real de la vida convierte la fianza en con-fianza y la espera en esperanza: la confianza, el asentimiento personal al juicio acerca de la posibilidad de lo esperado, es el momento que eleva la espera a la esperanza. Cuando yo «creo» que me es posible lo que mi espera vital desea y pretende, esa creencia es mi confianza. La persona confiada es aquella que, sin mengua de las previsiones y cautelas a que su buen sentido le conduzca, acepta en el contexto de su vida la pretensión de seguir siendo que late en el fondo mismo de su ser.

A primera vista, confianza es entrega, descanso en aquello en que se confía, reposo de la existencia sobre la creída eficacia de una virtud ajena. Así es, en realidad, y sin ello la confianza no merece su nombre. Pero una confianza meramente expectante y pasiva antes corresponde a una forma de presunción que a la verdadera esperanza. La confianza del esperanzado exige de éste actividad y osadía, le mueve a magnanimidad; por tanto, a proyectos tan altos y arriesgados como la razón y la prudencia consientan, y a la resuelta y resolutiva ejecución de lo proyectado en ellos. Por todo ello, la zona de la esperanza es también la zona de la ple-garia. El esperanzado es un caminante, vive el riesgo y la aceptación de riesgo, del riesgo de desesperanzar. Claro está que cada persona camina a su manera. El joven tiene la vida por delante y el anciano la tiene ya a sus espaldas, motivo por el cual el primero suele hacer planes para el futuro, en tanto que el segundo acostumbra a vivir de sus recuerdos. Finalmente, cuando desaparece la esperanza el hombre se marchita, se reseca y muere.

En este sentido, la imagen empleada por el profeta Ezequiel para describir el estado de ánimo de los israelitas en el exilio no puede ser más expresiva: “se han secado nuestros huesos, se ha desvanecido nuestra esperanza, todo se ha acabado para nosotros” (Ezequiel, 37, 11). Cuando Don Quijote pierde definitivamente la ilusión –“Yo ya no soy Don Quijote de la Mancha, sino Alonso Quijano” (Cervantes, 1998, Parte 2, Cap. 74)- Sancho, sabiendo que sin ilusión no se puede vivir, intenta animarle: “¿Qué tonterías dice mi señor?, ¿cómo no va a ser Don Quijote?, venga, venga, vamos, ánimo, que la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate, ni otras manos le acaben que las de la melancolía” (Cervantes, 1998, Parte 2, Cap. 74). Todo enfermo terminal pasa por tres estadios con mermas sucesivas. En el primero se interesa todavía por lo que ocurre fuera de la clínica; en el segundo, cuando ya ha perdido fuerza, por lo que pasa en su habitación; en el tercero, mermada su fuerza y su esperanza, únicamente por sus propias constantes corporales. Luego, la muerte. Desde ese punto de vista, quizá pudiera decirse que el arte de la medicina consiste en mantener al paciente en buen estado de ánimo mientras la naturaleza le va curando.

Quien espera llegar a la meta, camina; al que le desaparece la esperanza se le quiebran las piernas. También ocurre lo mismo a nivel colectivo. Fue la energía inmensa de la esperanza quien sacó a la humanidad de las cavernas, la puso en marcha por los caminos de la historia y la empuja hacia un futuro siempre mejor. Cuando una sociedad pierde la esperanza carece de futuro, porque languidece su vitalidad y se paralizan sus iniciativas.

3. La esperanza da alas al sacrificio

Los enquistados poderes de este mundo se especializan con demasiada frecuencia en derrotar nuestra esperanza antes de que hayamos comenzado a ejercerla. Preguntado el ya fallecido senador Hubert Humphrey por la compasión en política tomó un largo lapicero, de esos que tienen una pequeña goma de borrar en un extremo, y dijo: “Caballeros, fíjense en este lapicero. Del mismo modo que la goma de borrar no es más que una pequeña parte de todo el conjunto, y únicamente se emplea cuando se ha cometido una equivocación, así también sólo se recurre a la

compasión cuando las cosas se le han ido a uno de la mano. La mayor parte de la vida es competición; sólo la goma de borrar es compasión. Resulta triste decirlo, caballeros, pero lo cierto es que, en la política, la compasión no es más que una parte de la competición” (Carpizo, 2008). ¡Y vas tú y dejas al senador horadar tus huesos para que deposite en ellos sus larvas; vas y crees al senador, porque, proporcionalmente hablando, la longitud de tu lapicero contrasta con la brevedad de tu goma! ¡Que así no sea! Además, ¿para qué esperas que tu goma borre parte de lo mucho que tu mina raya?, ¿no sería mejor si disminuyeses tu borrar, aminorando el rayar? Ánimo, aunque los demás no, tú sí puedes: así que, persevera contra las razones del senador.

Parecería sin embargo que los amigos del senador se han hecho fuertes en eso de extender su sábana fantasmal para ahuyentaros a cuantos de entre vosotros habéis asumido que ni sabéis, ni queréis, ni podéis, lo cual a ellos les sirve de coartada fenomenal para consolidar su victoria. Unos duran un mes, buenos son, no los desprecies; otros duran un año, esos son mejores, felicítales; pero los imprescindibles son los que duran toda la vida. La veteranía es un grado para quien la trabaja; el veterano, aunque siempre en derrota, nunca en doma; la derrota suele ser pasajera, es la claudicación la que la vuelve permanente; él cuenta sus días por el número de sus fracasos, pero aunque sepa que va a fracasar se levanta al día siguiente más temprano: quien tiene esperanza se torna invencible. Este permanecer forma parte de la esperanza, y frente a ese riesgo se exige valentía y sacrificio; no puede haber sacrificio sin esperanza, y un sacrificio que excluyese la esperanza sería un suicidio. Al fondo, la muerte, sin cuya posibilidad no habría lugar para la esperanza del hombre: en última instancia, un mundo en el que faltase la muerte sería un mundo en que la esperanza sólo existiría en estado larvado.

La esperanza está ahí a las duras y a las maduras, lanza las campanas al vuelo sólo a su debido tiempo, no llora en mera previsión de derrota, persevera: la perseverancia es ese trabajo duro que uno realiza cuando se cansa de hacer el trabajo duro que ya ha realizado, la permanencia en el tiempo después de que ha pasado el tiempo, por eso el tiempo del perseverante es tiempo estable, pase lo que pase, y por eso en él se establece y estabiliza. Quien con per-se-verancia espera es inundado por una enorme alegría, no promete nada a nadie; cuando es dominado por un

gran enfado, no contesta ninguna carta. El envejecimiento físico vivido en esperanza es plenitud vital, aunque hoy ser viejo y parecerlo, ser un viejo que asume el tiempo pasado, es algo casi obsceno que condena al pánico de la soledad y del abandono. A los viejos nadie les desea, y la primera norma de la supervivencia social es mantenerse deseable.

Importa mucho una gran determinación de no parar hasta llegar a ella, venga lo que viniere, acontezca lo que aconteciere, trabajase el que trabajara, murmurase quien murmurase. Aunque se muera en el camino o no se tenga corazón para los trabajos que en ella se encuentren, aunque se hunda el mundo. Esta actitud nunca da pie para la desesperación: purificando el ambiente, vacunado contra la desesperanza, sin descorazonarse ante las adversidades ni abatir su espíritu por las continuas represiones. Franklin, que fue un fiel creyente y que comenzó a los doce años a trabajar como impresor, redactó el epitafio que había de escribirse en su tumba: “Aquí yace, comido por los gusanos, el cuerpo de Benjamín Franklin, impresor, con las tapas de un viejo libro que tiene las hojas sueltas y la encuadernación estropeada. Pero no se ha perdido el texto, ya que reaparecerá, como él espera, en una nueva edición revisada y corregida por el Autor”.

La esperanza es la más pequeña de las virtudes, la hermana menor, y sin embargo tan grande, que sólo por ella la dura espera termina floreciendo y traduciéndose en inabitable. Nietzsche, que tanto enfatizó la exigencia de pasar de camello portador de grandes fardos («¡tú debes!») a león aguerrido que debe conquistar su libertad («¡yo quiero!»), y de león a niño («un santo decir sí»), una lúcida ingenuidad, no pudo degustar todo esto con el rigor que su descubrimiento merecía: sencillamente, le faltó la pequeña esperanza, condición necesaria para permanecer en la gran adversidad.

4. La esperanza cimienta la paciente espera

«Quien espera, desespera,
quien desespera, no alcanza.
Por eso es bueno esperar
y no perder la esperanza».

Quien sabe esperar sabe estar, quien sabe estar podrá ser, pues el modesto verbo estar abre el camino al permanente verbo ser, en el cual termina convirtiéndose con el curso del tiempo, ese tiempo que es el nutriente del ser y que gana en profundidad si sabemos hacerle cómplice. El ser es un estar bañado en la permanencia cómplice del tiempo. Quien está ahí mucho tiempo termina siendo. Ocurre sin embargo que, por no dedicar tiempo a la causa, uno puede terminar perdiendo hasta la esperanza. En todo caso, el esperar se malograría sin la paciencia del «mientras tanto». Como es bien sabido, el idioma francés distingue entre *attente* (acto de aguardar), *espoir* (espera vital), y *espérance* (esperanza). Aún así, una simple sala de espera es ya de alguna manera también una sala de esperanza; de no ser así, nadie entraría en ella. Componente genuino del ser humano, esperar es más que aguardar, y esperarar es aguardar lo que salva, a pesar de las amenazas de lo que destruye: una esperanza guarda el árbol: si es cortado, aún puede retoñar y no dejará de echar renuevos. Hay situaciones de espera (*sperare*) y situaciones de espera que son también de expectación (*expectare*: etimológicamente *ex alio spectare*), lo que no hay es espera sin expectativa y sin prospectiva, sin pies (*pes*). Pero a más expectación es necesaria más paciencia: la esperanza se realiza, cuando es genuina, en la paciencia, la esperanza es el supuesto de la paciencia, esperanza y paciencia se hallan en continua relación mutua. La esperanza también es oscilatoria, a veces demasiado, así que frente a los estados de diselpidia hipotónica hay que poner las diselpidias hipertónicas, en las cuales el enfermo espera desmedida y desordenadamente.

En hebreo el esperar se expresa con la raíz *qwh*. Resulta sugerente su posible relación etimológica con *qaw*, cuerda, hilo, que hace de *tiqwal* (esperanza, hilo) un vocablo curiosamente ambivalente, como ocurre en nuestra expresión “un hilo de esperanza”. Así leemos en Job, en el contexto de una esperanza defraudada y de una fibra vital que se ha roto: “Mis días corren más rápidos que la lanzadera, se desvanecen sin que me quede un hilo de esperanza (*tiqwah*)” (Job, 7, 6). Esperar es entonces tender hacia una meta lejana, que asoma en nuestro horizonte... También para la Biblia lo difícil es esperar en voz baja, lo fácil es desesperar; esa es la gran tentación. La esperanza, diría un hinduista, exige la complementación del yoga de la acción al que nos hemos referido atrás, pero también la presencia del yoga de la inacción del que ahora hablamos. Mezcla, pues, de actividad y paciente calma, el primer golpe de viento derribaría

mi casa dejándome tan indefenso como al cerdito perezoso ante el lobo, si la impaciencia des-esperanza y la des-esperación lograsen meterse en ella.

Todo llega a quien sabe esperar, lo cual, por otra parte, denota siempre un gran carácter. El mismo viento que derriba la casa del lobo es el que sacude la flor, esparce la simiente, y así prepara la nueva floración: el viento es el sonido del éxodo creativo, pues hacer de la vida un viento de libertad, que no deja de caminar, asumir una vida exódica, exílica, de un desierto en otro ¿acaso es malo? No lo es con esperanza, lo sería sin esperanza: desierto es sólo cuando ya no hay esperanza. Hermoso peregrinar esperanzado, sin mirar atrás, cada vez más lejos: quien sabe transformar la nostalgia en esperanza permanece. Aunque ya nada esperásemos de la vida, la vida sin embargo seguiría esperando siempre invisiblemente algo de nosotros; cuando la ciencia se da por vencida, la sabiduría toma la palabra. En última instancia, la humildad ontológica lleva al esfuerzo para no desesperarse. Paciencia y calma no se oponen a expectación ni a expectativa. La persona que espera pacientemente está preparada para todo; no ve las cosas de color de rosa, ni se las promete demasiado felices, ni hace castillos en el aire, pero tampoco carece de ilusión, de optimismo, de algún grado de confianza: alberga, acaricia, alimenta esperanzas, por pequeñas que fueren. En cierto modo, y sólo en cierto modo, «quien espera desespera», pero no cabe esperar literalmente contra toda esperanza, a no ser como mera frase poética. La esperanza no es un cebo que nos pone el futuro para burlarse de nuevo, ni una buena comida pero una mala cena, ni una lástima para quien vive de utopideces. Esperar significa estar ahí a las duras y a las maduras, lanzar las campanas al vuelo sólo a su debido tiempo, no llorar en mera previsión de derrota, perseverar: la perseverancia es ese trabajo duro que uno realiza cuando se cansa de hacer el trabajo duro que ya ha realizado, la permanencia en el tiempo después de que ha pasado el tiempo, por eso el tiempo del perseverante es tiempo estable, pase lo que pase, y por eso en él se establece y estabiliza. Cuando el perseverante espera es inundado por una enorme alegría, no promete nada a nadie; cuando es dominado por un gran enfado, no contesta ninguna carta.

En un reportaje ofrecido por TVE sobre la larga marcha emigratoria de una tribu del Alto Volta podía verse a los negros, sedientos y casi exhaustos, caminar pesadamente sobre una tierra resquebrajada por la

sequía recogiendo sus últimas fuerzas para susurrar un canto haciendo sonar breves notas melancólicas en pequeñas flautas que se estremecían con sus sarmentosos dedos, porque no estaban dispuestos a perder su utopía, su ilusión, su esperanza más allá de las más grandes adversidades imaginables. Por patéticas que sean las circunstancias, se sobrevive si nuestra esperanza está orientada por una finalidad significativa. Interesa mucho que sea precisamente Viktor Frankl quien nos hable de sentido de la vida y esperanza, porque fue precisamente en las circunstancias más adversas en las que él mismo aprendió todo esto:

“...¿las reacciones de los prisioneros en el mundo singular de un campo de concentración son una prueba de que el hombre no puede escapar a la influencia que lo rodea? ¿Es que frente a tales circunstancias no tiene posibilidad de elección? [...] Las experiencias de la vida en un campo demuestran que el hombre tiene capacidad de elección. Los ejemplos son abundantes, algunos heroicos, los cuales prueban que puede vencerse la apatía, eliminarse la irritabilidad. El hombre puede conservar un vestigio de la libertad espiritual, de independencia mental, incluso en las terribles circunstancias de tensión síquica y física. Los que estuvimos en campos de concentración recordamos a los hombres que iban de barracón en barracón consolando a los demás, dándoles el último trozo de pan que les quedaba. Puede que fueran pocos en número, pero ofrecían pruebas suficientes de que al hombre se le puede arrebatar todo salvo una cosa: la última de las libertades humanas -la elección de la actitud personal ante un conjunto de circunstancias- para decidir su propio camino. Y allí siempre había ocasiones para elegir. A diario, a todas horas, se ofrecía la oportunidad de tomar una decisión, decisión que determinaba si uno se sometería o no a las fuerzas que amenazaban con arrebatarse su yo más íntimo, la libertad interna; que determinaban si uno iba o no iba a ser el juguete de las circunstancias renunciando a la libertad y a la dignidad para dejarse moldear hasta convertirse en un recluso típico.

[...] Aun cuando condiciones tales como la falta de sueño, la alimentación insuficiente y las diversas tensiones mentales pueden llevar a creer que los reclusos se veían obligados a reaccionar de cierto modo, en un análisis último se hace patente que el tipo de persona en que se convertía un prisionero era el resultado de una decisión íntima, y no únicamente producto de la influencia del campo. Fundamentalmente, pues,

cualquier hombre podía, incluso bajo tales circunstancias, decidir lo que sería de él mental y espiritualmente, pues aún en un campo de concentración puede conservar su dignidad humana. Dostoyevski dijo en una ocasión 'sólo temo una cosa: no ser digno de mis sufrimientos', y estas palabras retornaban una y otra vez a mi mente cuando conocí a aquellos mártires cuya conducta en el campo, cuyo sufrimiento y muerte, testimoniaban el hecho de que la libertad íntima nunca se pierde. Puede decirse que fueron dignos de sus sufrimientos, y la forma en que los soportaron fue un logro interior genuino. Es esta libertad espiritual, que no se nos puede arrebatarse, lo que hace que la vida tenga sentido y propósito [...] No piensen que estas consideraciones son vanas o están muy alejadas de la vida real. Es verdad que sólo unas cuantas personas son capaces de alcanzar metas tan altas. De los prisioneros, solamente unos pocos conservaron su libertad sin menoscabo y consiguieron los méritos que les brindaba su sufrimiento pero, aunque sólo sea uno el ejemplo, es prueba suficiente de que la fortaleza íntima del hombre puede elevarle por encima de su adverso sino. Y estos hombres no están únicamente en los campos de concentración. Por doquier el hombre se enfrenta a su destino y tiene siempre oportunidad de conseguir algo por vía del sufrimiento. Piénsese en el destino de los enfermos, especialmente de los enfermos incurables” (Frankl, 1993, 69-71).

No hay mejor arma contra la ajena crueldad que dejarse dignificar por una **acción plena de sentido**:

“El hombre que se dejaba vencer porque no podía ver ninguna meta futura, se ocupaba en pensamientos retrospectivos. [...] El prisionero que perdía la fe en el futuro -en su futuro- estaba condenado. Con la pérdida de la fe en el futuro perdía, asimismo, su sostén espiritual; se abandonaba y decaía y se convertía en el sujeto del aniquilamiento físico y mental. Por regla general, éste se producía de pronto, en forma de crisis, cuyos síntomas eran familiares al recluso con experiencia en el campo. Todos temíamos este momento no ya por nosotros, [...] sino por nuestros amigos. Solía comenzar cuando una mañana el prisionero se negaba a vestirse y a lavarse o a salir fuera del barracón. Ni las súplicas, ni los golpes, ni las amenazas surtían ningún efecto. Se limitaba a quedarse allí, sin apenas moverse. Si la crisis desembocaba en enfermedad, se oponía a que lo llevaran a la enfermería o a que se hiciera cualquier

cosa por ayudarle. Sencillamente se entregaba. Y allí se quedaba tendido sobre sus propios excrementos sin importarle nada.[...] Quienes conocen la estrecha relación entre el estado de ánimo de una persona -su valor y sus esperanzas, o la falta de ambos- y la capacidad de su cuerpo para conservarse inmune, saben también que, si repentinamente pierde la esperanza y el valor, ello puede ocasionarle la muerte. La causa última de la muerte de mi amigo fue que la esperada liberación no se produjo, y esto le desilusionó totalmente; de pronto, su cuerpo perdió resistencia contra la infección tifoidea latente. Su fe en el futuro y su voluntad de vivir se paralizaron y su cuerpo fue presa de la enfermedad, de suerte que sus sueños se hicieron totalmente realidad. [...]

Las palabras de Nietzsche 'quien tiene algo **por qué** vivir es capaz de soportar cualquier **cómo**' pudieran ser la motivación que guía todas las acciones [...]. Desgraciado de aquel que no vea ningún sentido en su vida, ninguna meta, ninguna intencionalidad y, por tanto, ninguna finalidad en vivirla, ése estaba perdido. [...] Lo que verdaderamente necesitamos es un cambio radical en nuestra actitud hacia la vida. Tenemos que aprender por nosotros mismos y, después, enseñar a los desesperados que en realidad no importa que no esperemos nada de la vida, sino si la vida espera algo de nosotros. Tenemos que dejar de hacernos preguntas sobre el significado de la vida y, en vez de ello, pensar en nosotros como en seres a quienes la vida les inquiriera continua e incesantemente.[...] Cuando un hombre descubre que su destino es sufrir, ha de aceptar dicho sufrimiento, pues ésa es su sola y única tarea. [...] Una vez que nos fue revelado el sentido del sufrimiento, nos negamos a minimizar o aliviar las torturas del campo a base de ignorarlas o de abrigar falsas ilusiones o de alimentar un optimismo artificial. El sufrimiento se había convertido en una tarea a realizar y no queríamos volverle la espalda. [...] Ante nosotros teníamos una buena cantidad de sufrimiento que debíamos soportar, así que era preciso hacerle frente procurando que los momentos de debilidad y de lágrimas se redujeran al mínimo. Pero no había ninguna necesidad de avergonzarse de las lágrimas, pues ellas testificaban que el hombre era verdaderamente valiente, que tenía el valor de sufrir. No obstante, muy pocos lo entendían así. Algunas veces, alguien confesaba avergonzado haber llorado, como aquel compañero que respondió a mi pregunta sobre cómo había vencido el edema, confesando: 'lo he expulsado de mi cuerpo a base de lágrimas'. [...] No tenían que perder las esperanzas, antes bien debían conservarse el valor en la certeza de que nuestra

lucha desesperada no perdería su dignidad ni su sentido. [...] En las horas difíciles siempre había alguien que nos observaba -un amigo, una esposa, alguien vivo o muerto, o un Dios- y que sin duda no querría que le decepcionáramos, antes bien esperaba que sufriéramos con orgullo -y no miserablemente- y que supiéramos morir. [...] Nuestro sacrificio sí tenía un sentido. [...]

... hay dos 'razas' de hombres en el mundo y nada más que dos: la 'raza' de los decentes y la de los indecentes. Ambas se encuentran en todas partes y en todas las capas sociales. Ningún grupo se compone de hombres decentes o de hombres indecentes, así sin más ni más. En este sentido, ningún grupo es de 'pura raza' y, por ello, a veces se podía encontrar, entre los guardias, a alguna persona decente. La vida en un campo de concentración abría de par en par el alma humana y sacaba a la luz sus abismos. [...] ¿Qué es en realidad el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas, pero asimismo es el ser que ha entrado en ellas con paso firme musitando una oración" (Frankl, 1993, p. 74-87).

5. Esperanza: el mañana de la utopía

Las utopías fértiles personal y socialmente han de hacer honor a su etimología, es decir, deben tener los pies en la tierra, pues, así como no hay utopía sin esperanza, tampoco esperanza sin pie -esperanza (*spes*) tiene relación con *pes*, pie-. ¿Por qué la gente no se confiesa del pecado grave de no soñar? Cada época sueña la siguiente, de la que es motor, por eso un mapa de la tierra donde faltara Utopía sería un mapa incompleto, no merecería la pena ser mirado, por no contener aquel País al que la humanidad, tras haber llegado a él, y sin abandonarlo, busca desde él otro País mejor navegando de nuevo hacia allí. Débil, tiene un aire infantil; en ella, lo serio está detrás. Quien nunca intentó lo imposible jamás realizó lo posible. En el águila está el colibrí, en el trasatlántico la canoa. Quien no sueña al águila no percibe al colibrí; quien no idea un trasatlántico no construye la canoa. No hay nube, por negra que sea, que no tenga un borde plateado. El optimista ve una oportunidad en la calamidad, y el pesimista ve una calamidad en la oportunidad, creyéndose además un optimista bien informado. Optimista es el que nos mira a los ojos, el pesimista a los pies, mientras clama: «¡es curioso lo malo que se vuelve el mundo de un tiem-

po a esta parte! Quien conociese toda la verdad debería de sentarse al borde del camino y llorar amargamente». Pero si lloras por haber perdido el sol, las lágrimas te impedirán ver las estrellas; permanece inmutable en tu propósito y no llores lágrimas inútiles: hay lágrimas que nacen de la bondad del corazón, pero otras del orgullo y del egoísmo. Muchas personas se pierden las pequeñas alegrías mientras aguardan la gran felicidad, con lo cual cada vez que perdemos el ánimo perdemos muchos días de nuestra vida. Las quejas son el primer lenguaje de la derrota. Los pesimistas no son sino espectadores contagiosos, por eso afirman que pesimista es quien ha vivido largo tiempo con un optimista. No les hagamos caso, ellos podrán cortar todas las flores, pero no detener la primavera, no nos detengamos para arrancar flores que nos alegren, sigamos caminando y las flores alegrarán nuestro camino.

Sin embargo, de una botella cuyo contenido estuviera al cincuenta por ciento lo mismo podría decirse que se encuentra medio llena, que medio vacía, según se la mire. Así pues, lo que interesa es la descripción veraz de las situaciones, luego podrán venir según gustos las proyecciones optimizadoras o pesimizantes. Muchas veces el pesimista será un miope incorregible, pero muchas otras se tratará de un realista bien informado. En todo caso, si hay que adoptar ambas actitudes, parece que una adecuada higiene mental aconsejaría, o bien adoptarlas alternativamente, o bien como lo hacían según confesión propia los miembros de la Escuela de Frankfurt, «ser pesimistas teóricos y optimistas prácticos». Sea como fuere, a la hora de superar el conflicto vale más pesimismo realista en mano que optimismo falso volando. ¿Podría predicarse de la esperanza lo que ciertos eslóganes gallegos afirman para su amada Galicia, a saber, «tierra mágica con gente lógica»?

Por lo demás, una cosa son los temperamentos, los humores, los jugos gástricos, y otra las ideas, aunque evidentemente interactúen de manera inevitable: ciertos cojos que ignoran su(s) cojera(s) siempre le echan la culpa de la(s) misma(s) a la irregularidad del empedrado. Muchos optimistas, cuando se trata del propio dolor, hiperpesimizan. Variante de lo mismo: otros se autoproclaman optimistas dejando correr los males pero sin moverse de su sillón para tratar de evitarlos, mientras achacan pesimismo al activo. A los situados a ese lado no les resultará difícil, así las cosas, definir al futuro como la época en que nuestros asun-

tos prosperan, nuestros amigos son leales, y nuestra felicidad está asegurada. Y, mientras, ¿se puede ser optimista sin matizaciones ante el espectáculo de un mundo donde las tres cuartas partes de la humanidad pasan hambre?

La esperanza, tan importante para intensificar la toma de conciencia del poder de lo real en nosotros, no puede sin embargo evitar el envejecimiento de las personas, ni siquiera la muerte. Lo que sí puede es dar sentido a la vejez y a la muerte. Desde la esperanza, la persona puede aceptar la muerte que se acerca cuando aún esté en la madurez de sabiduría propia de la edad avanzada; puede ir viviendo en referencia a ella y considerar como un regalo lo que se le concede aún de fuerza, tiempo y capacidades. La persona que se niega a tratar con bondad a la vida que ya declina y a ir en ayuda del progresivo estrechamiento que esa vida experimenta deja pasar una importante oportunidad de comprender qué es la vida, lo inextricable y trágico de la misma, su profunda soledad y por tanto lo fuerte que es la necesidad de copertenencia de las personas entre sí. Pero para captar todo eso hace falta el horizonte de la esperanza.

Por otra parte, la esperanza mantiene vivo el recuerdo. Por eso di conmigo: si me voy antes que tú, no llores por mi ausencia; alégrate por todo lo que hemos amado juntos.

No me busques entre los muertos, en donde nunca estuvimos, encuéntrame en todas aquellas cosas que no habrían existido si tú y yo no nos hubiésemos conocido. Yo estaré a tu lado, sin duda alguna, en todo lo que hayamos creado juntos; en nuestra amistad, en tantas experiencias que supimos compartir juntos. Y en todos aquellos que pasaron a nuestro lado recibiendo algo de nosotros e incorporando algo nuestro, sin notarlos ellos ni nosotros. También nuestros fracasos, nuestras indolencias y nuestros pecados serán testigos permanentes de que estuvimos vivos, sin ser ángeles sino humanos. No te ates a los recuerdos ni a los objetos, porque dondequiera que mires que hayamos estado, con quienquiera que hables que nos conociese, allí habrá algo mío; aquello sería distinto, quizá inapreciablemente distinto, pero indudablemente distinto, si no hubiéramos aceptado convivir en amistad durante tantos años: el mundo estará ya para siempre salpicado de nosotros. No llores mi falta; llora si quieres, porque el cuerpo se llena de lágrimas ante todo aquello que es más grande que él,

pues cuando la lengua no es capaz de expresar una emoción, ya sólo pueden hablar los ojos.

¡Y vive! Vive creando cada día y más que antes. Porque, sin saber cómo, estoy seguro de que desde mi otra presencia yo también estaré creando junto a ti, y será precisamente en ese acto de traer algo que no estaba donde nos habremos encontrado. Sin entenderlo muy bien. Como los granos de trigo que no entienden que su compañero muerto en el campo haya dado vida a muchos nuevos compañeros. Así, con esa esperanza, deberás continuar dejando tu huella para que, cuando tu muerte nos vuelva a dar la misma voz, cuando nuestro próximo abrazo nos incorpore ya sin ruptura a la Única Creación, puedan decir de nosotros: si nos hubiesen amado, el mundo estaría más atrás. Por lo demás, la puerta está abierta todavía: mientras hay vida hay esperanza, y para quien tiene Esperanza hay siempre la perspectiva de una nueva floración interminable y perfecta:

«Morir es sólo morir. Morir se acaba,
morir es una hoguera fugitiva.
Es cruzar una puerta a la deriva
y encontrar lo que tanto se buscaba»
(José Luis Martín Descalzo)

Carlos DÍAZ es filósofo, profesor de la Universidad Complutense de Madrid.

Bibliografía

Carpizo, M. Voluntary Displacement. Descargado de: <http://uncomplicatedspirituality.wordpress.com/2008/01/09/voluntary-displacement/>

Cervantes, M. de. (1998). Don Quijote de la Mancha. Versión online: <http://cvc.cervantes.es/obref/quijote/edicion/parte2/cap74/default.htm>

Díaz, C. (2002). *Esperanza alegre*. Madrid: Fundación E. Mounier.

Frankl, V.E. (1993). *El hombre en busca de sentido*. Barcelona: Heder. (Original de 1946).

Marcel, G. (1996). *Ser y tener*. Madrid: Caparros (original de 1935).